



MARTÍN REJTMAN  
Un sapo  
de otro pozo

Página 3



CONTRATAPA  
*Ojo tumefacto  
y pito, un relato  
de Luis Soto*

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 119 | JUEVES 13 DE MARZO DE 2014



Cuando  
**la palabra**  
gana la partida

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

## ANUNCIAN FINALISTAS DEL PREMIO VARGAS LLOSA

Los escritores españoles Juan Bonilla y Rafael Chirbes, y el colombiano Juan Gabriel Vásquez son los tres finalistas de la primera edición del Premio Bial de Novela Mario Vargas Llosa 2014, cuyo ganador se elegirá el próximo 27 de marzo en Lima. Las novelas: *Prohibido entrar sin pantalones*, de Juan Bonilla (Seix Barral); *En la orilla*, de Rafael Chirbes (Anagrama) y *Las reputaciones*, de Juan Gabriel Vásquez

(Afguara) fueron elegidas finalistas del premio. El jurado de selección está integrado por la escritora brasileña Nélida Piñón, Premio Príncipe de Asturias de las Letras; José Manuel Blecuá, director de la Real Academia Española, el ensayista y crítico mexicano Christopher Domínguez Michael; el crítico chileno David Gallagher y el presidente de la Academia Peruana de la Lengua, Marco Martos.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 13 DE MARZO DE 2014

# Cuando la palabra gana la partida



JUAN PABLO BERTAZZA

No es una queja sino un dato de la realidad: vivimos tiempos en que lo visual le lleva varias cabezas de ventaja a lo verbal, la palabra pisoteada por la imagen. Sin embargo, cada tanto, la literatura ofrece excepciones que destrozan la regla. *Poesía y virtud* de César Bandín Ron es, en efecto, un libro que con su profundidad literaria logra un impacto mayor—y más duradero—que el de las imágenes.

Imágenes sin ruido, brillos sin distorsión, profundidad sin hermetismo. La de este escritor, docente, diseñador editorial y periodista que obtuvo el Premio Consagración Nacional en el rubro Producción artística y literaria, es una poesía introspectiva ("me repliego, como dentro de una caparazón" en la que, ella, la mujer, prácticamente no aparece aunque cuando lo hace deja una marca indeleble, como sucede con aquella frase terremoto que pronuncia cruel y recurrente en uno de los poemas: "es que no entendés, ya no te quiero").

En la tradición claroscuro de Dylan Thomas, *Poesía y virtud* constituye un verdadero manifiesto poético que preserva lo más esencial, aquello de que la litera-



CÉSAR BANDÍN RON Y DISTINTAS CAJAS DE GRILLOS

tura está (y debería estar) en el primer lugar de todo ("Lo que sirve del mundo es lo que sirve para escribir", en contraposición, expone, al mismo tiempo, lo ridículo, nimio e insignificante que significa todo lo demás, empezando por nosotros mismos ("somos apenas sombras chinosas, abandonadas/ porsus manos

en medio de la nada").

La poesía casi teatral que despliega de Bandín Ron es como un juego de luces que ilumina alternativamente a quien va deteniendo la palabra. Pero, claro, solo se trata de un juego de luces que tiene que ver con la gracia literaria y para nada con la vanidad, una literatura de dos caras: "sin senti-

mentalismo,/ sin tirubeos, lo bello y lo trágico son/ palma y dorso de una misma única mano,/ que así como nos acaricia nos abofetea".

Quien encienda sus ojos a leerla, se dará cuenta de que la poesía de César Bandín Ron es un astro que brilla con luz propia y convierte a su propio autor y a cada uno de sus lectores en un satélite que gira a su merced, un astro que toma forma de otro yo, "ese otro, enmascarado, que late en mi pecho./ Desde él renaceré, desde él volveré a intentarlo".

Esa es, precisamente, la virtud a la que hace referencia el título del poemario. No la virtud platónica (que, dicho sea de paso, expulsó a los poetas de su República), no la virtud católica sino la virtud del ir hasta el fondo, la virtud como vocación, la virtud como sacerdocio máximo de la expresión. De ahí, porsupuesto, ese aroma religioso que mucho tiene, a su vez, de herejía, de resistencia, de humano, demasiado humano, y a la vez divino, y a la vez inolvidable: "poeta monje, poeta santo, fiel/ a todas las providencias; casto y arduo/ a un tiempo. Poeta medias, pronto/ tu expresión mudará de piel, y toda idea/ serenará para constituirse en esencia/ de una nueva era. Tiempos vendrán de arte/ y armonía, de mansedumbre y revelación/ Poeta relámpago, poeta granizo..., el ritmo/ de tu respiración anticipa la tormenta".



\*Todos los reconocidos tienen su veta poética pero han dicho sus posiciones sobre una sociedad más justa", dijo el director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, durante el acto de entrega del II Premio "Rosa de cobre" que fue otorgado a una docena de poetas, entre los que se encuentran Diana Bellessi, Jorge Boccaera y Daniel Freidemberg. El auditorio Jorge Luis Borges, convertido en una asamblea de poetas,

fue el escenario para la entrega de este premio, que en esta segunda edición también alcanzó a Vicente Zito Lema, Jorge Aulicino y Tamara Kamenszain. "Siempre recibir premios es incómodo pero necesario, la palabra poética es quizá la más necesaria incluso para percibir la profundidad de los problemas", sostuvo González ante un auditorio repleto de poetas y artistas de varias generaciones.



# Martín Rejtman

## Un sapo de otro pozo



LEONARDO HUEBE

Martín Rejtman nació en Buenos Aires en 1961. En cine, dirigió, entre otros, las películas *Los guantes mágicos*, *Silvia Prieto* y *Rapado*. Escribió los libros de cuentos *Rapado* (Planeta -colección Biblioteca del sur- e Interzona), *Vélero y yo* (Planeta -colección Biblioteca del sur- y Mondadori), *Literatura y otros cuentos* (Interzona) y *Tres cuentos* (Mondadori).

**RAPADO Y VELCRO Y YO: POLAROIDES DE GENTE ORDINARIA EN LOS AÑOS NOVENTA.**

*Sales sólo para las comidas: Sus padres desde hace tiempo no le preguntan nada. Ya no le dicen que estudie o que busque algún trabajo. De vez en cuando, Lucio saca algunos billetes de la cartera de la madre. Sabe que ella sabe y que ellos saben que él sabe, pero todos fingen no saber.*

Rejtman es un autor singular, una persona que hace una cosa teniendo una estructura mental preparada para otra. Escribe cuentos "diferentes" que en pocas líneas logran generar una atmósfera extraña, un desasosiego en el lector, una obligación de lectura.

En *Rapado y Vélero y yo*, Rejtman retrata a esa clase media de los noventa no burlándose, ni odiándola, ni añorándola, ni, siquiera, intentando describirla. Simplemente, queriendo hacer eso: retratarla, como el entomólogo que se dedica a tomar nota, sin formalismos ni rechazos, de los usos y costumbres en una colonia de insectos.

Minimalista del minimalismo, a Rejtman le gusta definir a su estilo como "Realismo idiota".

En sus cuentos, pareciera que no pasa nada, pero, en verdad, están pasando muchas cosas: hay



MARTÍN REJTMAN. ESCRIBE CUENTOS "DIFERENTES" QUE EN POCAS LÍNEAS LOGRAN GENERAR UNA ATMÓSFERA EXTRAÑA, UN DESASOSIEGO EN EL LECTOR.

hasta personal, hay relaciones familiares fatigadas, hay drogas, hay estratos códigos adolescentes, de tribu, de generación nueva, hay presente, sin pasado y sin futuro, hay calles porteñas, hay luces, hay vínculos endebles, hay música.

El lector podría imaginarse a Rejtman como a un ser tenebroso sentado en una oficina, delante de cientos de monitores observando millones de escenas cotidianas, escuchando diálogos llenos de frases trucas y gestos que escenden palabras; cuando algo le interesa lleva la flecha del mouse hasta lo que le ha llamado la atención y cliquea: el cazador ya tiene un rezo de vida sobre lo que escribir o filmar.

También podría imaginárselo como a un tipo que se sienta en un bar, en una plaza o en una pizzería, que por formación y talento su mente lleva curso y sigue donde el resto ve, simplemente, gente,

*La moto se vuelve a quedar después de menos de diez minutos de viaje. Está cerca de un taller mecánico. La lleva empujando, lo hacen esperar entre dos y tres horas. Después, sale una mujer en overall que le dice que no tiene arreglo. Ya es de noche, hace calor, Lucio está cansado. Otra vez se lleva la moto a pie. Intenta arrancarla y lo consigue. Hace cien metros y vuelve a quedarse, así que la deja abandonada en el medio de la vereda, con la esperanza de que algún camión se la lleve por delante y explote.*

Silencios. Silencios que susuran significados, que alertan, que mantienen la tensión del lector hasta que su no-historia termina: de forma abrupta, dirán los que aun no comprendieron el gran secreto de Rejtman. No se pueden pensar sus cuentos bajo los preceptos clásicos de la introducción, desarrollo, clímax y desenlace (corto). Sus nudos y sus desenlaces son grandes elipsis, como si a sus grandes impresos, deliberadamente, el autor les hubiera quitado dos o tres páginas al principio y otras dos o tres al final.

O sea: cada relato comienza en un lugar, un tiempo y con personajes a los que ya les vienen pasando cosas. Los cuentos nacen acelerados y unos párrafos más adelante están cayendo desde el riesgo, como el Coyote que persigue al Correcaminos.

Esta manera de narrar quizá le genere al lector extrañeza e incomodidad en la lectura individual, fragmentaria, pero en el conjunto de los dos libros, la suma de retardos induce a una visión iluminada y perfecta de una época diferente a todas, la de los años noventa, de una generación que decide romper con las falsedades morales, sociales y espirituales de quienes los precedieron para buscar, en los reservados de los boliches, en los dealers, en los quioscos que no cierran y en un ir y venir de calles húmedas y relaciones circunstanciales, una forma de vivir que no les provoca culpa.

sino una forma de vivir que no les provoque culpa.

*Ya hace dos meses que Velcro se instaló a vivir en mi casa. Organizó su cuarto en el escritorio, donde antes dormían las mellizas cuando se quedaban conmigo. Lorenzaya no quiere venir sola a visitarme, y Aldana, los días de salida del colegio de monjas, se queda encerrada en su cuarto, en casa de la madre. La primera vez que Velcro entró en el escritorio vio tantos libros que me preguntó incrédulo si los había leído todos. "Casi todos", le contesté. "¿Por qué?", me preguntó. "La literatura para mí es como una droga", dije.*

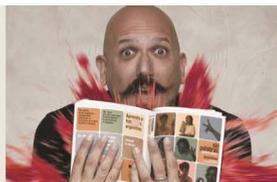
(...)

*A medianoche, desde el balcón, Velcro me hace notar cómo los bacureros se llevan las volutas de residuos amontonadas en la puerta del supermercado. Cada día tiendo un ojo al mundo. En los dos lados del camión recolector hay escritas una leyenda: La droga es basura. Las letras aparecen invertidas y eso complica la lectura. Se lo señalo a Velcro y le explico: "Eso es un mensaje subliminal".*

## LA ÚLTIMA PALABRA, EL ARTE DE LA RÉPLICA EN EL SIGLO XX

Charly García, Marilyn Monroe, Diego Maradona o Woody Allen son algunos de los personajes que dan voz a la respuesta perfecta perseguida por Guido Indij en *La última palabra*, una compilación azorosa de las contestaciones con personalidades icónicas del siglo XX dan cuenta del arte de la réplica. Se trata de parlamentos breves capaces de poner de cabeza una concienzuda disertación

o de inmortalizarse en el imaginario popular; entre otros, de escritores como Jorge Borges o Charles Bukowsky, el boxeador Muhammad Ali o los guitarristas Keith Richards y Frank Zappa. El libro editado por Asunto Impreso reúne lo que su autor define como género de la réplica, "lo que en francés se llama *repartie*—explica, esa respuesta contundente que deja al otro sin palabras".



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 13 DE MARZO DE 2014

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



### CONTRATAPA

↳ LUIS SOTO

¿Un cachorro de pointer o un chico de 9 años era Jonathan? Miduda, una más y de poco peso, se aclaró el segundo día de ingresar a la comunidad del balneario Nautilus. En las vacaciones mejora la calidad de vida y no sólo por el tiempo libre. Como en cualquier viaje en el subte B, en la playa uno comprueba que el prójimo existe, pero la distancia del cuerpo a cuerpo con la gente es mucho más generosa, más humana: de 15 centímetros escasos se extiende a 40. El 166% a favor en la lucha contra la promiscuidad. Miles de nombres—también Jonathan—oye uno mientras camina, entra al mar, lee una novela o come una tajada de medón. Yo jugaba a la pelota con Lolo y cada rato, en vuelo o rodando, la pelota intentaba la fuga imposible. "Otra vez la trajó el pibe", dijo Lolo. "¿Qué pibe?", pregunté. Lolo es un tipo que se concentra a fondo en lo que hace, a la hora de demostrar un teorema o de pisar una cucaracha. En cambio, yo soy irremediablemente distraído. Y si cuento algo tengo tendencia a exagerar (lo sé y eso atenúa el ridículo). "No molestes a los señores Jonathan, ahí la sombrilla", gritó la madre después de una corrida más del chico. En ese momento supe que Jonathan no era un pointer y asomaron dos inquietudes. Por un lado rememore la impresión que me produjo un ensayo que denunciaba la triste y efímera vida de una pelota, en particular las de tenis. Sentí, además, necesidad de definir a quién se parecía la madre. El ensayo de un discípulo de Huizinga lleva a pensar que a una pelota podría nacer ardilla o paloma en lugar de ser un objeto fabricado en serie. Se lo comenté a Lolo y le salió el espíritu práctico que lo domina desde la una encarnada a la crisma (crisma es muestra de clarificación). "¿Vos creés que las palomas y las ardillas no son pándas en serie?", planteó. No quisé rebatir el argumento de Lolo. Le dije, sí, que la pobre pelota nace dotada de un montón de condiciones pa-



ra ser libre, pero gracias a unos cuantos millones de tipos—"como vosuyo, boludones de 45 años pegándole con una pala de madera", termina llevando una vida de esclava. "Dale, seguí jugando antes que se nuble", dijo Lolo. Venía embalado yo, por eso toqué un punto sensible de su ideología: ¿qué jinetera reconoce la pelota para someterse al régimen de obediencia debida? No hubo respuesta. Me agradé acusándolo de tener a la pelota en cautiverio. "No la encerrás en una jaula, ni en una cucha, pero desde que nos vamos de la playa la guardás más de medio día en un bolso, sin puerta, sin ventana. Y en cuanto te despertás la tira entra en horario de laburo: se arrastra, salta, vuela y hace todo lo que le exigís que haga. Vida de mierda". Apuntando al cielo trío un pelotazo que debe haber rebotado en la cola del cometa Halley. La pelota se hundió en el agua verdosa. Como un pointer corrió Jonathan y la puso en la mano de Lolo. "Dejá que la vayamos a buscar nosotros", dije. El chico demoró en contestar: "Mi mamá se enoja si no llevo un ante que ustedes". "La oí decir que no nos molestara", dijo el chico. "Es eso para quedar bien", agregó el chico, y me dio un golpe de clarificación de la madre: "Me obliga a correr porque dice que estoy gordo, que tengo que reba-

jar seis kilos". "Chau, Jonathan", lo liberé. "Me gusta que me llamen Johnny", dijo él y me extendió su mano. Hubo que presentarse. Mario, Lolo. Me encanta la frescura de los chicos, pero tanto protocolo era fastidioso. Seguimos jugando, eran las 7 y cuarto. "Vos te sentís culpable y el pibe nos usa...", dijo Lolo. "La vieja nos usa...". Johnny se arrió. "dentro de un rato mi mamá me va a disfrazar". Se estaba poniendo pesado. "Es un premio, en una semana rebajé 160 gramos", explicó. Con quién pasaba de hurgar: con quién asociaba la cara redonda y mofletuda de esa mujer, el flequillo sobre la frente. La pelota fue y volvió, pasó de largo con vocación de ser libre, pero la arena blanda y el mar le cortaban la fuga. En eso vimos que Johnny avanzaba hacia nosotros dando brancas. La madre le había puesto botitas negras como de béisquet y guantes también negros, diría que de hilo (por el volumen los había rellenado con papel de diario o telopaper). El chico llevaba las dos botitas y sacudía golpes en el aire. Ahí pudimos ver que la madre le había embadurnado un ojo con un corcho quemado. "Te queda bárbaro, Johnny. ¿Y de qué te disfrazarás? ¿Le mentará al Lolo la fantasía. El chico bajó los brazos. "De boxeador campeón", me apresé a decir. Johnny rearmó la guardia alta. "Con esos guantes todos se dan cuenta", festejó la madre. Me sentí a segundos de

definir el parecido. Era un collage con rasgos de dos caras, una me llevaba a 1950 o 1960, sonrisa entre lasciva y dulzosa. Fiel a mi sistema empecé por descifrar la inicial del apellido. Tardé en llegar: J. Una máscara ocultaba a la otra cara. "¿Cuándo vas a pelear?", se le ocurrió Lolo. "¿Cuándo, mamá?", "Pronto". "Mejor que no suba al ring con el ojo negro", dijo Lolo y con su pañuelo se puso a quitar la mancha oscura. "Con el ojo normal el disfraz no tiene gracia", susurró la mujer. "El ojo negro es perdedor", dijo Lolo. "Ah, me disfrazas para que pierda...", gritó Johnny y se refugió en la sombrilla. "Vámonos", dijo Lolo. "Pará", lo frené. Allí fue la madre, a arreglar el gemino en frente. "¿Quieres otro disfraz?", preguntó el chico. Ella procuraba callarlo: "mañana sigue el carnaval". "¡Rajemos!", presionaba Lolo. Preferí que me imaginara preocupado por la tristeza del chico. Lolo se había reído de mi obsesión por descubrir quienes habían contribuido a componer semejante cara. En eso vi que con bríos de toro de lidia que enfilaba hacia el centro del ruedo, Johnny regresaba al escenario. Ya no llevaba las botitas, ni los guantes y el protector invisible. Con un timbre de atera que inauguraba los Juegos Olímpicos se dirigió al palco oficial del balneario, a la esca-

lera, izó la bandera roja y se plantó mirando el mar. Lolo no afluja: "¿De qué lo disfrazó ahora?". "De banero". "¿Qué tiene de banero?". "El pito, todo...". se atoraba la madre. "Sin anteojos para ver el fondo del mar como los pescados, sin patas de rana...", protestaba Johnny. De su cuello colgaba un silbato plateado. "Tocó el pito que hay mar peligroso", alentó la madre. El chico soltó cuatro o cinco pitazos. Al ensancharse de satisfacción la cara de la mujer resolvió el enigma: era una extraña cruz de rasgos del último Paco Manzanero y de Armando Manzanero. Celebré el hallazgo. El chico miró la playa y las carpas, y se largó a llorar. "¿Qué pasa, Jonathan, mi vida?", lo abrazó la mujer. Con el derecho de todo niño Johnny no tuvo piedad por su madre: "¿a quién pedía por su madre? ¿a quién pedía salvarla, ya no queda nadie en la playa, nadie se me va a ahogar?". Ella estaba desesperada. "¿No se animan a entrar al mar...?", pero tiene que ser bien adentro...". le susurró a Lolo. "¿Sabe nadar el chico?", preguntó él. Recordé que algún día fundamentalista me la condenado a no tener hijos y me metí en el mar. Única misión, preservar la fantasía de Johnny. Allí pasaba la primera rompiente escuché que vocería me llamaba. Lolo contó que Johnny temblaba asustado: "dígame al otro señor que no sé nadar, que vuelva", confesó. "Vas a salvarlo con esta sogá", dijo Lolo, lo sentí como timonel del gómon del Nautilus y le puso antiparras. "¡Ahí vamos, Mario!", bramaba Lolo haciendo como que empujaba el bote. Ese era mi límite. Me agaché para que no pudieran ver que el agua me llegaba a la cintura y agité los brazos pidiendo auxilio. Hicieron pausa, silencio, quietud, y con deliberada torpeza empecé a nadar hacia el centro. Al llegar a la playa dejé que mi cabeza cayera sobre el borde del gómon. Confrontando el desequilibrio familiar Johnny me cerró los párpados y la mujer del rostro asimétrico intentó besarme. Mis reflejos estaban acitados: adelanté la mejilla izquierda y la ofrecí al labio de Manzanero.